

LA PROYECCIÓN DE LA PERSONALIDAD EN LA PALABRA ORAL Y ESCRITA

Galo Guerrero Jiménez

Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador

RECIBIDO EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 2015 - ACEPTADO EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Resumen

Este artículo recoge criterios de reflexión en torno a la palabra y su poder de conciencia. La palabra como la mejor mediación de lo que somos, la magia que las palabras tienen para proyectarnos con nuestra mejor condición humana, la lectura como un encuentro de carácter personal, la palabra tecnologizada como producto de la subjetividad, y la escritura y la lectura como grandes generadoras de la lengua hablada. Con estos elementos se pretende señalar lo oportuno que es aprender a decir nuestra palabra; sobre todo es necesario aprender a humanizarnos con ella y desde ella. La palabra oral y escrita tiene su plena validez personal en la medida en que es la conciencia humana la que la produce, la elabora, la interpreta, la valora. La palabra, desde la conciencia humana, es lo que le da sentido a la realidad y crea significados con la mayor altura de conciencia profunda que puede haber en la expresión que enseña, que orienta, que critica, que dignifica, y que asume en su más plena validez humana lo que contiene.

Palabras clave: palabra, oralidad, escritura, conciencia, personalidad

Abstract

“The projection of the spoken and written word on personality” collects reflections on the word and its power of awareness, the word as the best means of what we are, the magic that the word has to project our human condition, reading as a personal encounter, the “technologized” word as a product of subjectivity, as well as writing and reading as the main generators of the spoken language. With these elements, the intention is to point out how timely it is to learn to say our words. Above all, it is necessary to learn to humanize ourselves from the perspective of words. The spoken and written word has full and personal validity as it is produced, interpreted and valued by the human mind. The word, from the perspective of human conscience, gives a sense to reality and creates meaning with the highest and deepest conscience of a word that teaches guides, criticizes, dignifies, and embraces its content with the maximum humane

validity.

Key words: word, oral expression, writing, consciousness, personality

Desarrollo

La palabra y su poder de conciencia

Las cosas antes que ser objetos en sí mismas son palabras; la vida, lo humano, el universo, antes que ser lo que son, son palabras; sin ellas, la existencia, la vida, las cosas, el universo no tienen su razón de ser, no pueden ser tales, no llegan a ser realidad y ni siquiera es posible darle sentido a la realidad si no es a través de las palabras. “La palabra hace aparecer una realidad o la desaparece, puede iluminarla o hacerla aparecer, como también la oscurece o la desaparece” (Argüello, 2007, p. 39). Todo se construye y se destruye con palabras. Se aprende a ver el mundo, se aprende a conocerlo con palabras; mal o bien pero se aprende con palabras.

Ahora bien, la palabra oral o escrita está en función de la conciencia humana que la produce, que la elabora, que la interpreta, que la valora. La conciencia humana le da sentido a la realidad, es ella la que crea significados con palabras: “Todo el universo no es más que un almacén de imágenes, de signos, olores y sonidos” (Argüello, 2007, p. 31) que son asumidos a través de la palabra. La literatura, la música, la ciencia es hecha con palabras.

La palabra oral o escrita debe tener un poder de conciencia; pues, una palabra es más que una palabra; representa al mundo con toda su validez o lo descalifica con toda su desfachatez. Por esta razón urge la necesidad de formarnos para asumir el efecto que una palabra causa en quien la emite y en quien la recibe; sobre todo hoy en que asistimos a un mundo de lo fácil, de lo superfluo, en donde la palabra irresponsable, semántica, pragmática, ortográfica, fonética y sintácticamente causa estragos, confusión,

y ante todo, falsedades que desdican de la condición humana altamente dignificada de la que gratuitamente, pero con apego a la verdad, goza toda persona racional y consciente de su mundo, de su entorno, de su realidad.

La irresponsabilidad o la falta de formación, y sobre todo de un conocimiento adecuado de algún referente puntual, es tal como el ejemplo que a continuación cito de una reunión en un taller literario: “(...) en una pésima lección se dijo, con la seguridad del irresponsable, que el lenguaje literario se caracteriza por ser ambiguo, y el lenguaje científico por ser preciso. Cuando no hay nada más impreciso que este comentario, ya que nada es más preciso que la palabra poética, que el lenguaje propio de la literatura. Otra cosa es que después de su riguroso trabajo sea capaz de producir en el receptor múltiples interpretaciones, sensaciones o sentidos diferentes, ambiguos o contradictorios” (Argüello, 2007, p. 63).

Así es la palabra; depende en boca de quien esté para que incendie el mundo, para que lo destruya o para que lo dignifique desde la mayor altura de conciencia profunda que puede haber en una palabra que enseña, que orienta, que critica, y que asume en su más plena validez humana lo que ella contiene. En este contexto es oportuna la opinión de Galame-Griaule, citado por Argüello: “La palabra, cual manifestación humana fundamental, es como la proyección sonora de la personalidad del hombre en el espacio; procede de su esencia, puesto que por su mediación puede relevarse su carácter, su inteligencia, su afectividad” (2007, p. 18).

En efecto, la proyección de la personalidad en la palabra es evidente: su vulgaridad o su profundidad son la esencia de lo que una persona es en su realidad cotidiana. Por ejemplo, José Antonio Marina manifiesta que “las creaciones humanas son formidables, y me interesa conocer de dónde proceden, cuál es la fuente de esas ocurrencias. Es una curiosidad

genealógica o arqueológica: ¿Qué hay en la mente humana antes de que profiera algo, antes de que se lance a pintar, a componer música, a escribir, a emprender aventuras?” (Marina y Pombo, 2013, pp. 42-43).

La palabra como la mejor mediación de lo que somos

En la vida no solo basta saber hacer algo y hacerlo bien, sino saber emprender y hacer algo pero de manera razonable, pensante y éticamente. Es decir, es necesario aprender a tener buenas ideas, y estas se robustecen de humanismo, de sabiduría, en la medida en que sepamos actuar con transparencia; por algo somos hechos a imagen y semejanza de Dios: prestos para no hacer daño sino para generar el mejor bienestar humano que nos sea posible. Para ello necesitamos robustecer nuestra inteligencia, hacerla trabajar con ahínco, con disciplina, con voluntad, con la mejor pasión, y sobre todo con el mejor goce, porque, en última instancia, lo que el ser humano busca es aprender a vivir para ser feliz.

En esta búsqueda de generar lo mejor a través de los hechos y con las mejores ideas, aparece el tema de la lectura y de la escritura como uno de los caminos para robustecer la inteligencia, ante todo porque “la inteligencia humana es estructuralmente lingüística: pensamos con palabras, nos interpretamos mediante palabras, gracias a ellas dirigimos la acción, y por ellas nos entendemos o malentendemos. La palabra hablada es el núcleo esencial de este gran dinamismo de la inteligencia, pero la escritura es su máxima realización objetiva, la que nos permite crear grandes obras del pensamiento o del arte, la gran generadora y transmisora de la cultura” (Marina y Pombo, 2013, p. 16).

Por la palabra, entonces, el mundo se mueve, los humanos nos entendemos, vivimos y actuamos. La palabra como la mejor mediación de lo que somos gracias a nuestra inteligencia

y afectividad. La palabra como la manifestación de nuestro psiquismo, de nuestra valía, o también como la evidencia de nuestra pobre condición humana cuando no hemos aprendido a responder con inteligencia y con ética. Cuanta maravilla de la palabra, cuantas ideas robustas de inteligencia que han quedado marcadas para siempre en un libro, en un escrito de papel o en la pantalla, virtualmente lista para generar luz a quien se acerque con la mejor predisposición para leer desde su mejor expresión psicológica para dejarse seducir por la calidez, por la profundidad, incluso por el sensualismo y por la vertiente poética y narrativa que cada palabra genera debidamente estructurada en una oración, en un párrafo, en una página.

Por supuesto, esta palabra escrita genera un profundo impacto solo en aquel lector que esté dispuesto a escuchar y a escucharse, y por ende, a encontrar vida en el lenguaje escrito que aparece en sus ojos, en el cerebro, en el corazón y en todo su cuerpo. El lector que se acerque a un texto por obligación, es preferible que no lo haga porque no va a encontrar nada que lo promueva ni que lo impulse a buscar una forma de vida.

El deleite de la palabra escrita solo aparece en el lector que se acerca al texto por su propia voluntad. Leo porque quiero, porque me nace hacerlo. Ni siquiera leo porque tengo el hábito de hacerlo sino porque la vocación me apremia, me seduce, me complace. Por eso solo debe leer aquel que sirve para leer. Bien lo señala Juan Domingo Argüelles: “Placer, alegría y felicidad son emociones que están dentro de la vocación, pues vocación es también inspiración, disposición natural hacia algo, inclinación gozosa que se despierta sin que nadie nos fuerce a ello, lejos de la imposición” (2014, p. 34).

Amor y alegría para leer lo que me place y me complace. Así nace la vocación, la predilección por la palabra; solo así es posible sentir la valía humana que la palabra tiene para, con

inteligencia y ética, entrar en el mundo de mi realidad personal y en la realidad de nuestra sociedad y de nuestra cultura.

La magia de las palabras

La fe en la vida se confirma a través del lenguaje, de las palabras que son las que nos dan el testimonio fiel de lo que es la vida humana. La palabra es el instrumento de lo vivido, es el medio que se enlaza entre el yo y el tú como sujetos actuantes. A través del yo y del tú, de la otredad, las palabras viven atentas, navegan por doquier, nos esperan siempre, nos retan, nos dan cuenta de la existencia humana: del amor pero también del desamor; de la alegría pero también del sufrimiento; de la esperanza pero también de la desazón; de la piedad pero también de la indiferencia; de la solidaridad pero también de la insensibilidad; la palabra para hablar pero también para escribir; la palabra nuestra frente a la palabra del otro; la palabra que nos recrea pero también que nos maltrata; pero, ante todo, la palabra como símbolo de la fecundidad para que la vida tenga el más pleno sentido de humanidad.

Debemos trabajar siempre para que la palabra sea nuestra mejor carta de presentación. Parecería que la esencia del hombre es la palabra; sin embargo, por infinidad de circunstancias, estamos asistiendo a la degradación del lenguaje, es decir a la degradación de la persona cuando no piensa con rigor, cuando no razona con credibilidad, cuando no valora lo que dice y por ende lo que hace. Rodrigo Argüello sostiene que “asistimos a la no conciencia de las palabras, a un mundo donde lo más común es el lugar común. A un uso, en general, vago del lenguaje, en muchos casos impreciso, donde cada vez toma más fuerza, en todas las instancias, la proliferación de la palabra ómnibus, que sirven para todo y para nada (...), donde hay un miedo al adjetivo que verdaderamente califique al mundo, lo complete, lo resalte o lo modifique. (...) curiosamente, cuando pareciera que más

se enriquece el lenguaje, menos usamos su riqueza” (2007, pp. 60-61).

En efecto, hay una riqueza admirable de lenguaje, de palabras profundas y con un sentido estético para la reflexión, para la crítica, para lo humano, para la vida bien vivida, en infinidad de obras literarias, filosóficas, teológicas, humanísticas y científicas en general; es decir todo un mundo mágico, regio de palabras que sirven para embellecer la vida. Sin embargo, un enorme colectivo humano ha perdido el amor y la pasión por la palabra escrita y por la palabra oral. Pululan por todos los rincones de la sociedad un lenguaje vago, vacío, impreciso, hiriente, mal oliente.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando estas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo, y de lo espiritual especialmente porque apelan “a nuestra energía creadora. Espíritu es el dinamismo por el que la materia se vence a sí misma. Espíritu son las matemáticas, la música, la idea de Dios, la literatura, todas las arquitecturas que vencen la ley de la gravedad aprovechándose de ella, las soberbias creaciones de la humilde materia humana que superan la concreción y las propiedades de la materia” (Marina y Pombo, 2013, p. 31). Y todo gracias a la magia de las palabras. “La verdadera magia está en comprender cuáles son las palabras que logran su cometido, y cuándo, y por qué” (Argüello, 2007, p. 63).

Por algo me dijo mi nietecita de cuatro años de edad, hace unos días, cuando le pedí que me alcance un libro: “Usa las palabras mágicas, Galo”, y yo le dije: “¿Y cuáles son esas palabras mágicas, Camila?” Y ella me dijo: “Por favor, lo siento, perdón, muchas gracias, tenga la bondad...” “Y por qué son mágicas”, le inquirí. “Porque logran con delicadeza lo que se quiere alcanzar de la otra persona; piensa, Galo, piensa”. Palabras sabias de una niña que las había aprendido en su “escuelita” y en su hogar. En efecto, “la palabra está en el centro de nuestra

inteligencia y de nuestra convivencia. (...) Sin duda, las palabras sirven para vivir. Hacemos muchas cosas con ellas: comunicamos, convencemos, emocionamos, negociamos” (Marina y Pombo, 2013, pp. 37-38), amamos. “Pensamos con palabras y acabamos mirando desde las palabras” (ibid, p. 38).

La palabra hablada y la palabra escrita

Usted puede oír a una persona y no saber lo que dice: el rostro, sus ademanes, el sonido de las palabras están ahí pero el que escucha no logra procesar esa información por múltiples razones: porque no le interesa lo que dice, por falta de concentración, por falta de formación sobre esa plática, porque no le simpatiza la persona motivo del diálogo o simplemente porque lo que ella manifiesta es puro bla bla; en fin, las palabras no siempre funcionan para un diálogo sostenido, ameno y altamente significativo.

Lo mismo sucede con la palabra escrita. El mundo humano fluye a través de la palabra; el contacto entre semejantes tiene sentido por la palabra, pero así como hay problemas con la palabra oral, lo hay con la palabra escrita. Se dice que no hay lectores porque no entienden lo que leen, y sobre todo porque hay prejuicios y pretextos para no dedicarle la atención que se merece la palabra escrita, al igual que la palabra hablada.

Si la palabra sirve para relacionarnos, hay que cultivarla con la más alta idoneidad que el ser humano se merece. Cuando alguien habla, lo hace con fluidez, independientemente de su condición personal, y se hace entender a como dé lugar. De igual manera debe suceder con la palabra escrita. Ella exige mucho más cuidado a la hora de transportarla a la hoja de papel o a la pantalla electrónica; y, por ende, el lector debe prepararse para saber dialogar con esa palabra escrita, porque esa palabra es el otro que le habla a través de un código alfabético que el que escribe sabe hacerlo y el que lee sabe también

cómo hacerlo.

No basta con reconocer el código alfabético para decir que se sabe leer. Al igual que cuando se habla, el oyente analiza a su interlocutor no solo por lo que dice sino cómo lo dice y bajo qué consideraciones gestuales y de tono lo hace; asimismo sucede con la escritura. Es decir, el lector debe aprender a descubrir la lógica interna del texto para que pueda interpretar el significado de ese texto.

En consecuencia, así como se aprende a hablar bien, porque se aprende a coordinar las ideas y a saber expresarlas, “saber leer bien implica haber desarrollado estrategias y habilidades lectoras. Si no se enseñan bien esas habilidades y estrategias, los estudiantes tendrán problemas de comprensión, les parecerá aburrido leer o no le encontrarán sentido ni valor social o comunicativo” (Alfonso y Sánchez, 2009, p. 39). En este sentido, por falta de comprensión, se habrá perdido un lector, y a veces para siempre, así sepa descifrar el código alfabético.

Por consiguiente, así como para hablar hay un estado especial, muy personal del que enuncia cuanto del que escucha, con la escritura sucede lo mismo. El hablante sabe con qué tipo de persona se encuentra para entablar el diálogo; el lector debe saber también con qué tipo de texto se encuentra, es decir, el género en el que está escrito ese texto. Solo así, es decir, debidamente ubicado, sabrá que “mediante un trabajo de inferencia el lector construye el sentido de la obra literaria como resultado de un proceso de producción y un proceso de reconocimiento o comprensión” (Pazo, 2011, p. 10). Por lo tanto, cuando estamos frente a una obra literaria, debemos saber que “lo característico de la literatura es, precisamente, su insondable riqueza y variedad, su fantástica capacidad de crear mundos y su resistencia a dejarse encarcelar por reglas fijas (Pazo, 2011, p. 11).

La lectura es un encuentro de carácter personal

Poco a poco y sin que el lector se dé cuenta, y en la medida en que habitualmente lea con entusiasmo, los libros entran en la vida de ese lector, de manera natural y gradual hasta llegar a conectarse con las circunstancias cotidianas de la vida. Y esta es la clave para que los libros tengan sentido en el desarrollo humano de un lector. Solo cuando nos causan un impacto personal es posible vivenciar esa lectura, es decir, cuando hemos logrado construir nuestra propia lectura aparece esa personal manera, muy individual y particular de cada lector que le permite experimentar, en lo más profundo de su realidad interior, esa magia especial para disfrutar.

Por supuesto, la motivación, la voluntad y un buen mediador lograrán crear lectores que puedan vivenciar y experimentar de manera profunda lo leído. En el fondo, uno de los grandes propósitos de la lectura es que desde ella aprendamos a darle sentido a nuestra vida. Esta tarea, como sabemos, no es fácil. Por eso, un lector que mientras disfruta leyendo llega a plantearse antropológicamente preguntas como: ¿Quién soy?, ¿para qué existo?, ¿cuál es mi papel como ente humano?, ¿para qué estoy en el lugar en el que habitualmente siempre estoy?, ¿puedo llegar a ser algo más de lo que ya soy?, ¿tiene sentido lo que hago?; y, en fin, filosóficamente aparecerán estos cuestionamientos existenciales que de por sí ya son enormemente válidos si la lectura nos despierta con estas inquietudes. Por este camino, el lector empieza ya a darle sentido a su vida, con mucha más facilidad y con un mejor compromiso axiológico que si no leyera.

Como sabemos, mientras menos se conoce sobre la vida más difícil es enfrentarla, y desde el ámbito lector, mientras menos se conoce un tema, es más difícil su lectura. En este orden, “el conocimiento previo es una de las razones

por las cuales los niños que leen más (o los que viajan más) tienen más información y logran comprender mucho más lo que sus profesores o los libros de texto les enseñan” (Trelease, 2012, p. 44). Esta es, como vemos, una más de las razones para ser lectores.

Sigo insistiendo, por lo tanto, en el papel de enorme trascendencia que tienen los padres de familia y los profesores para que sepan mediar ante sus hijos y alumnos y puedan conseguir lectores de calidad, no para el cumplimiento de un tarea, de un deber, de unos ejercicios escolares, sino para promover la existencia humana de un individuo que, bien instruido y formado intelectual y emocionalmente, puede despojarse de toda realidad oprobiosa, sobre todo de aquella en la que con facilidad dice a veces no tener tiempo para leer, cuando lo que sucede es que no nos damos tiempo; pues, tenemos que aprender a tener tiempo para lo que más debemos valorar. “El tiempo es el mayor agente filtrado para garantizar el éxito. Los atletas, los contadores, los escritores, los lectores... cualquiera que quiera triunfar debe dedicarle tiempo a su aspiración para alcanzar el éxito” (Trelease, 2012, p. 59). Y el éxito que logremos desde la lectura no es otro que el de volver habitable nuestro mundo creando un lugar adecuado en donde poder vivir, tal como el que logra crear el buen mediador que, al estilo de lo que plantea José Quintanal Díaz cuando sostiene que “no se trata de que los niños ‘lean’, ni nos lean, ni tampoco que se lean, sino de VIVIR una... >>>>>>>>... experiencia lectora. El protagonista no somos ‘nosotros’, ni ‘los niños’ (como colectivo), ni “el libro” (un ente físico, aséptico en exceso), se trata de un encuentro... >>>>>>>> ... de carácter PERSONAL” (2005, p. 30) en el que este pequeño y gran lector aprende a construir su propia lectura.

La palabra tecnologizada

La palabra es un compromiso humano, es la identificación más radical de lo que en esencia

es el ser de una persona, y por eso, desde la escritura la conciencia humana a través de la experiencia más honda de la subjetividad, logra alcanzar su potencial más pleno. En primera instancia, como bien sabemos, la oralidad, es decir la audición, ha sido y es el uso predominante para expresarse fonéticamente; luego, la escritura y la lectura introdujeron la grafía con “una nueva integración sensorial de la audición y la visión, que predominan sobre el pensamiento lógico (...), por primera vez la vista se introduce en la esfera del lenguaje” (Braslavsky, 2013, pp. 29 y 34); y, ahora, con toda la tecnología a mano: escritura, imprenta, computadora e Internet se ha logrado tecnologizar la palabra al más alto nivel, de manera que, si se interioriza adecuadamente, nos sirva para comunicarnos mucho mejor entre semejantes.

Lo que nos queda ahora, en esta era de la cultura electrónica, de la palabra tecnologizada, es que a más de saber hablar, es necesario aprender a leer para aprender a decir nuestra palabra, sobre todo porque desde ella podemos contribuir para humanizarnos humanizando el mundo. Como sostiene Ernani María Fiori: “La palabra instaaura el mundo del hombre. La palabra, como comportamiento humano, significante del mundo, no solo designa a las cosas, las transforma; no es solo pensamiento, es ‘praxis’. Así considerada, la semántica es la existencia y la palabra viva se plenifica en el trabajo” (2008, p. 23); ante todo porque, como enfatiza la autora en mención al hablar de la escritura: “Escribir no es conversar y repetir la palabra dicha, sino decirla con la fuerza reflexiva que da a su autonomía la fuerza ingénita necesaria para instaurar el mundo de la conciencia, creadora de la cultura” (p. 24).

Bajo estas circunstancias, la palabra tecnologizada, y todo lenguaje humano en general, si no logra el nivel de concienciación hasta las últimas fronteras de lo humano, no tiene sentido porque estaríamos frente a una

conciencia vacía, y esto es inconcebible porque se trata de aprender a educarnos, ante todo porque la cultura letrada no es un mero “juego de palabras, sino la conciencia reflexiva de la cultura, la reconstrucción crítica del mundo humano, la apertura de nuevos caminos, el proyecto histórico de un mundo común, el coraje de decir la palabra” (Fiori, 2008, p. 25).

Por consiguiente, es oportuno aprender a decir nuestra palabra; sobre todo es necesario aprender a humanizarnos con ella y desde ella; por ende, la palabra tecnologizada necesita de una comprensión activa en virtud de que la acumulación de información en los textos físicos y sobre todo electrónicos, dificulta el procesamiento para una efectiva interiorización y concienciación del conocimiento desde la palabra escrita que hoy reposa en infinidad de soportes electrónicos y que, por lo tanto, exige un nivel de lectura avanzada, puesto que su verdadera naturaleza está en el significado intencional del autor y del lector que con su formación “aporta en términos de conocimientos, valores, experiencias y creencias, (lo cual) es tan importante como lo que el autor aporta a la creación del texto” (Braslavsky, 2013, p. 47) y a su correspondiente interpretación.

Con la palabra tecnologizada el nivel de lectura avanzada, por lo tanto, “se refiere a la capacidad de leer textos escritos de manera abstracta, con pensamiento crítico y manejo de recursos para resolver problemas procesando información compleja” (Braslavsky, pp. 39-40).

La escritura y la lectura potencian la lengua hablada

El lenguaje escrito es complejo, por eso muy pocos se atreven a escribir y a leer. Es complejo porque debe recoger e interpretar desde la simbología de los signos gráficos la infinidad de matices que tiene la lengua hablada: entonación, ademanes, gestos, etc. Y sobre todo es complejo porque se necesita un conocimiento adecuado

de la lengua en sus aspectos gramaticales, semánticos y pragmáticos para que sea posible, primero la comprensión y luego porque “los lectores construyen el significado y pueden llegar a múltiples sentidos a partir del mismo texto según cuáles sean las características personales de cada uno, aun cuando compartan la misma cultura, las mismas experiencias y los mismos conocimientos” (Braslavsky, 2013, p. 52).

Por eso, la conciencia fonológica y la conciencia gráfica, una vez que se tiene conocimiento de la lengua, es fundamental para que haya una oportuna aplicabilidad, comprensión y significación del texto escrito que, como sabemos, solo cobra vida cuando el lector interviene para, al leerlo, contextualizarlo según las expectativas que su formación sociocultural le permitan poner en juego.

El registro fonológico y el registro gráfico debidamente comprendidos nos permiten una debida interpretación del texto escrito y luego una significación muy personal como producto de la inferencia y de la reflexión crítica a la que se debe someter todo tipo de discurso escrito para que no prime solo el contenido que el texto tiene sino las ideas que el lector puede llegar a generar acerca de la palabra escrita. Pues, el objetivo no es leer para reproducir ideas ajenas, sino, como señala Daniel Goldin: “Si el libro logra mostrarles la importancia de pensar y trabajar en la adquisición de la lengua escrita habrá cumplido parte de su cometido” (Ferreiro, 2007, p. 14).

En este sentido, “la escritura es importante en la escuela porque es importante fuera de la escuela, y no al revés” (Ferreiro, 2007, p. 45), como mero instrumento solo para pasar de grado. El papel del maestro de los grados iniciales de la educación escolarizada, por lo tanto, no es solo el del esfuerzo profesional para hacer conocer el alfabeto para que se reconozcan las palabras, sino el de trabajar para que el alumno sepa que

“la escritura potencia, organiza y desarrolla la lengua hablada, actúa sobre el pensamiento y sobre la conducta” (Ferreiro, p. 44).

Hablamos y escuchamos para comunicarnos pero escribimos y leemos también para comunicarnos mejor, sabiendo, sobre todo, que el lenguaje escrito tiene algunas características muy especiales que es necesario conocerlas para vencer su complejidad. Nos sirven muy bien al respecto, las puntualizaciones de Braslavsky (2013): El lenguaje escrito carece de la espontaneidad e inmediatez del lenguaje oral. Requiere intencionalidad, actividad voluntaria y consciente. No tolera las formas y estructuras incompletas del lenguaje hablado. Requiere una sintaxis más rigurosa y completa. El interlocutor está ausente, tanto para el que escribe como para el que lee. La situación no es compartida entre el emisor (que escribe) y el receptor (que lee) como ocurre entre el hablante y el oyente. No existe la comunidad de comprensión, que debe ser recreada. Contrariamente a la rapidez del ritmo del lenguaje hablado, que no favorece la reflexión, la escritura concentra la atención, la conciencia y la reflexión del emisor y del receptor. Por eso, según Vigotsky, es la forma más elaborada, más explícita, más exacta, más reflexiva y más compleja del lenguaje (pp. 43-44).

Conclusiones

Si la palabra no está sujeta a un poder de conciencia personal solo significa pero no comunica.

Es necesario aprender a tener buenas ideas, robustas de humanismo y de sabiduría, para que generen el mejor bienestar humano posible.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando éstas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo y de lo espiritual, especialmente porque apelan a nuestra energía creadora.

Solo cuando hayamos logrado construir nuestra

propia lectura aparece esa personal manera, muy individual y particular para experimentar, en lo más profundo de nuestra realidad interior, esa magia especial para disfrutar de la lectura.

La palabra es un compromiso humano, es la identificación más radical de lo que en esencia es el ser de una persona, y por eso, desde la escritura la conciencia humana a través de la experiencia más honda de la subjetividad, logra alcanzar su potencial más pleno.

La palabra tecnologizada, y todo lenguaje humano en general, si no logra el nivel de concienciación hasta las últimas fronteras de lo humano, no tiene sentido porque estaríamos frente a una conciencia vacía.

Es oportuno aprender a decir nuestra palabra; sobre todo es necesario aprender a humanizarnos con ella y desde ella.

La conciencia fonológica y la conciencia gráfica son fundamentales para que haya una oportuna aplicabilidad, comprensión y significación del texto escrito que solo cobra vida cuando el lector interviene para contextualizarlo según las expectativas que su formación sociocultural le permita poner en juego.

Referencias bibliográficas

Alfonso, D. y Sánchez, C. (2009). *Comprensión textual. Primera infancia y educación básica primaria*. Segunda Edición. Bogotá: Ecoe Ediciones.

Argüelles J. (2014). *Escribir y leer con los niños, los adolescentes y los jóvenes*. México, D.F.: Océano, S.A. de C.V.

Argüello R. (2007) *Los destinos de la palabra. De la palabra poética y concreta a la palabra en el archipiélago de las Tecnologías*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Braslavsky B. (2013). *Enseñar a entender lo que se lee. La alfabetización en la familia y en la escuela*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferreiro E. (2007). *Cultura escrita y educación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la palabra.

Fiori, E. (2008). Estudio introductorio: "Aprender a decir su palabra. El método de alfabetización del profesor Paulo Freire". En *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire. Traducción de Jorge Mellado. Tercera edición argentina. Buenos Aires: XXI Siglo Veintiuno Editores.

Manguel, A. (2011). *Una historia de la lectura*. México: Editorial Almadía S.C.

Marina J y Pombo A. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Planeta, S.A.

Pazo L. (2011). *Actos de lectura*. Aportes teóricos a la práctica literaria. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Quintanal J. (2005). *La animación lectora en el aula*. Técnicas, estrategias y recursos. Madrid: Editorial CCS.

Trelease, J. (2012). *Manual de la lectura en voz alta*. Traducción de Juan Pablo Hernández y Jorge Largo G. Bogotá: Fundalectura.